

LA NUEVA CIUDAD UNIVERSITARIA DE MEJICO

por JOSE MANUEL ALONSO

LA necesidad sentida desde hace muchos años parece que lleva camino de solución en este de 1948. Los viejos edificios virreinales y otros pocos habilitados posteriormente resultan a todas luces insuficientes para albergar las complejas dependencias de la Universidad Autónoma de Méjico.

Por eso se pensó en construir toda una Ciudad Universitaria que cobijara conjuntamente todas las dependencias del más alto centro cultural de la nación. Bajo los auspicios de Avila Camacho, que ha hecho suyos el licenciado Alemán, actual Presidente de la República, se dió comienzo por la Escuela de Arquitectura del estudio del complejo problema. Se tienen presentes los ejemplos de otras Ciudades Universitarias: la de Madrid, actualmente en reconstrucción, que une a la solidez de las obras del pasado decenio los últimos adelantos del actual. La de París, hasta cierto punto tradicional entre este género de edificaciones. La de Austin, en Estados Unidos, en su extraña variedad de estilos y formas, pero tan «texana», esto es, tan mejicana. La de Ciudad Trujillo, en Santo Domingo, cuyos trabajos, iniciados en 1944, se supone terminarán en 1949, y cuyos proyectos han sido confecio-

nados, al igual que en Méjico, por el cuadro de profesores de Arquitectura de dicha Universidad.

Con tales precedentes, y con la competencia profesional de que hacen gala los arquitectos mejicanos, se podía racionalmente confiar en que la Ciudad Universitaria proyectada colmaría las pretensiones del más exigente. Ya veremos cómo sólo en parte resulta así.

Mas nótese que todo, desde lo legislativo hasta lo ornamental, está en proyecto. Nuestro comentario se redacta bajo la impresión producida por la exposición hecha de la maqueta del magno proyecto. Una exposición presentada en el patio de la Escuela de Bellas Artes, organizada con gusto y discreción; armonizando lo ideal con lo tangible y aprovechando la coyuntura material del proyecto para despertar vocaciones altas. Exposición, en fin, compuesta con muy acertado criterio y muy plausibles propósitos.

a) *Propósitos materiales*

Se ha designado como lugar donde ubicar la Ciudad Universitaria de Méjico el Pedregal de San Angel. Es una amplia zona, capaz para todas las instalaciones universitarias. Situada en las afueras de la ciudad, reúne esa cualidad que ya se ha hecho indispensable a todo conjunto universitario.

Esto es: que el lugar de estudio se halle alejado del bullicio urbano, pero al mismo tiempo unido por unas vías de comunicación modernas y rápidas que acorten la distancia.

En vista de ello se prevén dos clases de construcciones. La propiamente universitaria, allí donde se explican las disciplinas de las diversas Facultades, y las que podríamos llamar residencias. Entre unas y otras, alternando con los edificios y dando unidad al conjunto, parques y campos de deportes.

Así, pues, se cuenta con la creación, en primer lugar, de los edificios de las Facultades y Escuelas. Se trata de construcciones amplias, concebidas con un sentido cubista trasnochado. La exposición del proyecto se ve orlada con carteleras llamativas, donde

se exponen ideas, directrices, aforismos. En uno de ellos puede leerse: «La Arquitectura moderna y la Ciudad Universitaria.» Parece como si los profesores y alumnos de la Escuela de Arquitectura a quienes se ha encargado el proyecto se vieran obligados a acomodarse a determinadas normas «nuevas del edificar». En los mismos letreros vemos que se pretende nada menos que de abandonar los estilos; de liberarse de limitaciones que falsas tradiciones imponen en interiores y fachadas; de que la generación venidera pueda sacudirse por completo de la complaciente aceptación de las fachadasseudocoloniales cuando entienda las formas utilitarias y estéticas en sentido más amplio. Dichas formas expresan, al parecer, la modernidad y el propio estilo nacional de Méjico.

Eso es, a grandes rasgos, el ideal arquitectónico que preside el proyecto. Por él advertimos que se tiene en cuenta lo viejo, lo palpable incluso, sólo para no caer en ello. Y se incurre en el colosal error de concebir todas las construcciones de tipo virreinal como inadaptables para las actuales exigencias de la Universidad. No pretendemos apuntar estilos que sirvan de modelo; pero como no nos convence lo realizado, echamos nuestro cuarto a espaldas, con ánimo de que una interpretación heterodoxa de los estilos no desmezca el esforzado propósito.

Si el ideal estético apuntado se viera coronado por una realización auténticamente nacional, marcadamente moderna, y concebida bellamente, nada nos atreveríamos a criticar. Pero es que a los propósitos de originalidad, utilidad, etc., siguen unos edificios cubistas de primeros de siglo, vanguardistas de la Arquitectura, representantes de la idea estética de masas, que, como dijimos, constituye un ejemplo trasnochado. Felizmente trasnochado por feo. Si Méjico tiene algún estilo arquitectónico propio, separado de la aportación virreinal, nada más lejano que de este ensayo cubista semicaduco. No es posible concebir en el clima de Méjico una serie de edificios arraigados en regiones frías. Además, la cantada originalidad pierde brío, incluso autenticidad, con este estilo tan traído y tan llevado.

Si lo que se objeta es la utilitariedad o, lo que es igual, cons-

truir con arreglo a una técnica que permita las más amplias y luminosas instalaciones, puede rebatirse señalando claros ejemplos en los que a un estilo auténticamente nacional se unen unos magníficos resultados utilitarios. Algunos de estos ejemplos fueron ya citados al principio de este capítulo. Y conste nuestro desacuerdo con determinados indicios estéticos de la Ciudad Universitaria de Madrid, a la que podríamos señalar muchos de los defectos que indicamos para la de Méjico. Pero, aparte de éstos, ahí tenemos la Universidad Católica de Montreal (Canadá), atrevida, bella, aunque sin vinculación tradicional de estilo. No puede servir de modelo íntegro, porque ni es una Ciudad Universitaria, ni se puede comparar a la de Méjico por la latitud geográfica; mas es un ejemplo aislado de originalidad, al margen, pero dentro, de las raíces culturales francesas que la informan. La de Austin (Texas), o mejor aún, las Universidades californianas, pueden ser muy tenidas en cuenta por los arquitectos mejicanos. Por no citar más que otro nombre, recordemos la Universidad de Berkeley, en Oakland (California), donde campean el león y el castillo españoles, o la *Southern University*, que puso todos sus edificios bajo el módulo del arte colonial más depurado.

Debe ser elogiado el propósito de mejicanizar el proyecto, siempre que sea posible, pero no a costa de la estética ortodoxa que ha de presidir el conjunto. En el Pedregal tuvo asiento la más vieja expresión del arte mejicano con la pirámide de Cuicucileo. Que esta realidad, tan digna de ser tenida en cuenta, apremie a los hombres a quienes Méjico confía su Ciudad Universitaria para que la proyecten con auténtico sentido de la *mejicanidad*. El éxito sería absoluto si lograran darle un tinte nacional tan propio como el que las piedras grises proporcionan a Oxford, o las doradas a Salamanca. Alguien ha propuesto el *tezontle* para Méjico. No nos parece mala idea. Lo importante es no dar en lo caduco, so pretexto de caer en lo nuevo.

Esta crítica estética del proyecto cortó el hilo de nuestra descripción. Decíamos que el conjunto se componía de edificios centrales facultativos y residenciales. Entre estos últimos contamos las

residencias para estudiantes, a las que se quiere dar un carácter colegial del tipo que renace en España; garajes, clubs, instalaciones comerciales de toda índole completan el conjunto. Muchas de estas últimas se dejan a la iniciativa privada, tan dinámica, tan previsora, con objeto de que aporte dichas cualidades a lo puramente oficial.

Una obra más viene a contribuir, con su sola ejecución, a las famosas campañas del pasado año de los diez millones para la Universidad y a la lotería que proyectó el doctor Gustavo Baz con tal fin. Se trata del estadio y los campos de exhibición deportiva, que constituyen una auténtica Ciudad de los Deportes. El ejemplo de la Universidad de Indiana (Estados Unidos) puede servir de aliciente para los constructores. No se olvide que en esa Universidad los ingresos producidos por sus campos de deportes exceden del doble de lo recaudado por otros conceptos.

b) Proyectos de formación humana e integral

La coyuntura de esta Exposición ha sido aprovechada por quienes tienen a su cargo el problema de la Universidad mejicana para apuntar los grandes ideales que informan tal enseñanza en dicho país. Vamos a deducirlos de las máximas que por doquier vemos escritas en el patio de San Carlos, donde se expone la maqueta de la Ciudad Universitaria.

Se propugna una educación integral y humana. Para ello no se escatiman los elogios a España y a sus leyes sabias. Preside el recinto aquel dicho del Rey Sabio: «Misión de la Universidad es hacer homes discretos e honestos.» Queda reivindicado lo humano frente a lo profesional y mediocre. La nueva Universidad no atenderá exclusivamente, como hizo hasta hoy, a despachar diplomas. Se ponderan todos los problemas que como hombre tiene planteados el universitario, cuyo espíritu se valora en sus justos términos. De ahí la creación de un ambiente, material y espiritual, propicio a su desarrollo. Esta Ciudad Universitaria, dicen, «pro-

cura ser ejemplo de realización urbanística actual, concebida íntegramente».

Se afronta el problema de la democratización universitaria resueltamente. Ante el desborde de la masa humana en las aulas, no se adoptan criterios aristocráticos, al modo de Oxford o Cambridge. Se ataca el mal desde otro punto: la Universidad abre sus puertas a todos, se acerca al pueblo, pero selectivamente. Con un criterio humano en la selección. Es el eterno dilema de las calidades frente a las cantidades, que aquí parece va a conjugarse armoniosamente.

Dentro de la línea formativa de la Universidad figura la creación de Colegios Mayores, al modo de Salamanca o Alcalá, o semejantes a los preconizados por Newman para la Universidad inglesa. La herencia universitaria de Méjico enlaza directamente con nuestras mejores Universidades, lo cual les permite iniciar en la nueva Ciudad Universitaria un sistema práctico de democratización de la enseñanza, que mientras vincula el pueblo a sus aulas satisface la misión cultural de su creación.

Conforta nuestro espíritu una nota singularmente amorosa del proyecto: cuando se derribó la vieja Universidad virreinal, aquella Real y Pontificia Universidad de México, que fundara en 1551 Don Carlos, el Emperador, fué hallada la primera piedra del hermoso edificio. El monolito tiene una oquedad, y en su interior se encontraron documentos y monedas conmemorativos. Hoy está colocada bajo una vitrina, presidiendo el conjunto de la Exposición, «como símbolo y recuerdo respetuoso del pasado», según dice el órgano de la Universidad Nacional de Méjico.

En resumen: el proyecto se nos antoja plausible en conjunto; revisable en los detalles. Por ello creemos que la nación toda no regateará esfuerzos para verlo concluído antes de los siete años prefijados, ni para lograr reunir el centenar de millones de pesos que se precisan para esta gran casa de la cultura mejicana.